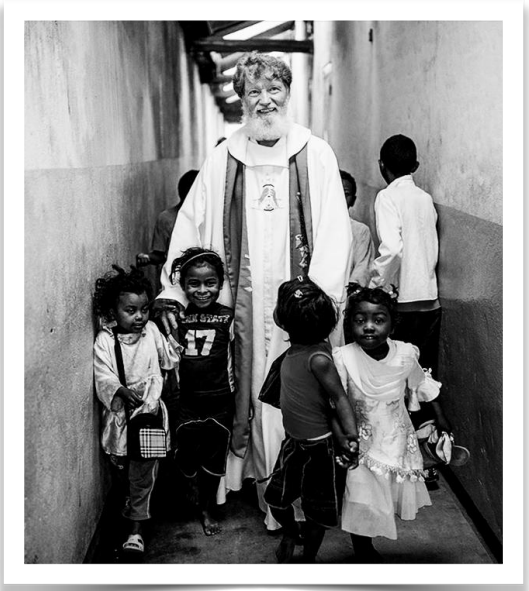
Pedro Pablo Opeka: de San Martín a la Basílica de Luján

Pedro Pablo Opeka nació el 29 de junio de 1948 en San Martín, provincia de Buenos Aires, Argentina. Fue hijo de ***Luis Opeka y María Marolt,*** inmigrantes eslovenos que llegaron a la Argentina en enero de 1948, escapando de la situación política que vivía su país de origen. Pedro creció en una familia numerosa, de profundas raíces cristianas, donde la fe, el trabajo y el esfuerzo cotidiano tuvieron un lugar fundamental.

***Opeka junto a sus padres María Marolt y Luis* Opeka**

Su padre, Luis, era albañil. Desde pequeño, Pedro conoció de cerca el valor del trabajo manual y aprendió junto a él los primeros secretos del oficio de la construcción. Aquel aprendizaje, que parecía destinado a ser simplemente una herramienta para ganarse la vida, terminaría convirtiéndose en una de las imágenes más representativas de su futuro apostolado: un sacerdote que no se limitaría a predicar, sino que también levantaría paredes, construiría viviendas y trabajaría codo a codo con los más necesitados.

Sus padres le transmitieron una educación religiosa que fue madurando con los años. En la figura de Jesús encontró un modelo de vida, especialmente por su cercanía con los pobres y los olvidados. Así comenzó a crecer en él una pregunta que marcaría su destino: ¿cómo podía dedicar su vida a Dios sin comprometerse, al mismo tiempo, con el sufrimiento de sus hermanos?



Pedro Opeka junto a los niños de Madagascar

El llamado al sacerdocio

Durante su juventud estudió en el **colegio María Reina, de los Padres Vicentinos,** en Lanús, y continuó su formación secundaria en Escobar. A los 18 años ingresó al **seminario de la Congregación de la Misión**, fundada por **san Vicente de Paúl**, en **San Miguel**, provincia de Buenos Aires. En 1968 viajó a Europa para continuar sus estudios de filosofía

en Eslovenia y de teología en Francia. Durante su formación tuvo también un primer contacto misionero con Madagascar, una isla africana que, con el tiempo, se convertiría en el lugar al que entregaría su vida. Pedro no entendía el sacerdocio como una posición de privilegio, sino como un compromiso de servicio. Su formación espiritual fue acompañada por una experiencia concreta del trabajo y de la vida sencilla, valores que había conocido desde niño junto a su padre.

Argentina

Basílica de Luján-Argentina

El 28 de septiembre de 1975: la ordenación en Luján

El 28 de septiembre de 1975, a los 27 años, Pedro Opeka fue ordenado sacerdote en la Basílica de Nuestra Señora de Luján, el gran santuario mariano de la Argentina. Algunas biografías consignan el 25 de septiembre, pero otras fuentes especializadas y los registros vinculados a la celebración de sus bodas de oro señalan el **28 de septiembre** como la fecha de su ordenación.Aquel día culminaba una etapa de formación y comenzaba una misión que lo llevaría lejos de su tierra natal. La ordenación no significaba para él alcanzar una meta personal, sino asumir una responsabilidad espiritual: entregar su vida al Evangelio y, especialmente, a quienes más necesitaban recuperar la esperanza.

En 1976 regresó a Madagascar, donde fue destinado a la parroquia de Vangaindrano, en el sudeste de la isla. Allí convivió con campesinos, trabajó junto a ellos y aprendió a conocer su cultura y sus dificultades. En 1989 fue trasladado a Antananarivo, la capital malgache, donde descubrió una realidad de pobreza extrema que lo impulsaría a dar un nuevo paso. El 13 de enero de 1990 fundó, junto con un grupo de colaboradores, la asociación humanitaria Akamasoa, cuyo nombre significa «Los buenos amigos». Su propuesta se apoyó en tres pilares: trabajo, educación y disciplina comunitaria, unidos a la fe, el respeto y la solidaridad. No se trataba

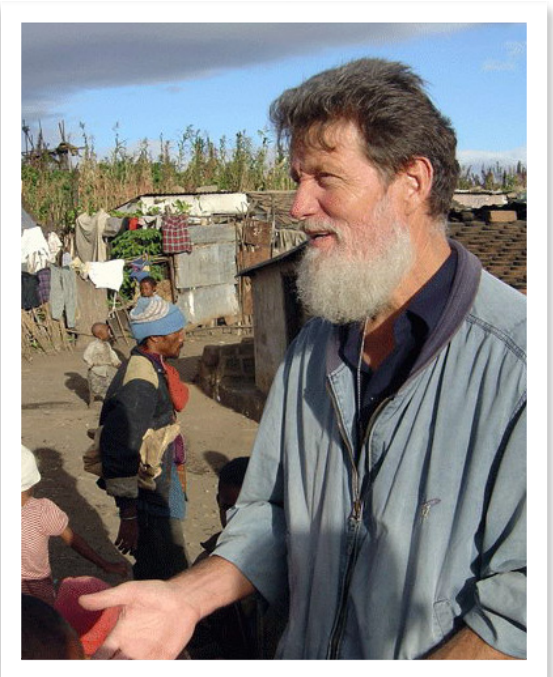
solamente de entregar ayuda, sino de acompañar a las personas para que pudieran reconstruir sus vidas con dignidad.

De los arrozales de Madagascar al basural de Antananarivo

Quince años junto a los campesinos le enseñaron que la dignidad comienza compartiendo la vida y el trabajo. Después, frente a la miseria de un basural, comprendió que debía hacer algo más.

Pedro Opeka junto al pueblo Malgache en el vertedero de Antananarivo

En octubre de 1970, Pedro Pablo Opeka llegó por primera vez a Madagascar, la gran isla africana situada en el océano Índico. Era un joven misionero argentino, hijo de inmigrantes eslovenos, que había elegido dedicar su vida al servicio de Dios y de los más necesitados.Después de completar su formación y ser ordenado sacerdote el **28 de septiembre de 1975,** en el Santuario Nacional de Nuestra Señora de Luján, regresó a Madagascar en enero de 1976. Allí comenzó una etapa que marcaría profundamente su existencia.



Pedro Opeka junto al pueblo Malgache

Vangaindrano: aprender a vivir junto a su pueblo

Durante trece años, entre **1976 y 1989**, el padre Pedro desarrolló su misión en **Vangaindrano**, una región rural y selvática del sudeste de la isla. No se limitó a predicar desde el altar. Se acercó a los campesinos, compartió sus jornadas y trabajó junto a ellos en los arrozales, participando en la plantación del alimento que sostenía a tantas familias.

Conoció sus costumbres, sus alegrías, sus dificultades y también el dolor de una pobreza que convivía con la solidaridad y la dignidad de su gente. Comprendió que la misión cristiana debía expresarse en hechos concretos: acompañar a las familias, promover la educación, contribuir a la atención sanitaria y ayudar a organizar cooperativas de campesinos.

Pedro Opeka en el vertedero de la ciudad de Antananarivo

Aquellos años no fueron fáciles. El contacto permanente con las duras condiciones de vida y las enfermedades, entre ellas el paludismo, afectaron su salud. Sin embargo, esa experiencia fortaleció su compromiso con quienes más sufrían.

Antananarivo: el encuentro con una miseria que no podía ignorar

En 1989, sus superiores lo destinaron a Antananarivo, la capital de Madagascar, para colaborar en la formación de futuros sacerdotes. Pero aquella nueva etapa le reservaba un encuentro que cambiaría el rumbo de su vida. En las afueras de la ciudad descubrió a familias enteras viviendo entre los desperdicios de un enorme basural. Hombres y mujeres buscaban allí algo para sobrevivir; los niños crecían entre la basura, el hambre y la falta de una vivienda digna. Pedro había conocido la pobreza en el campo, pero aquella realidad era diferente. Frente a sus ojos tenía seres humanos privados de condiciones elementales para vivir, familias que necesitaban mucho más que palabras de consuelo.

Su respuesta fue acercarse. Escuchar. Volver.

Comenzó a visitar a aquellas familias y a compartir tiempo con los niños. Levantó un pequeño espacio de apenas cuatro por cuatro metros donde podía ofrecerles leche o té, jugar con ellos y enseñarles a escribir. Era un comienzo humilde, pero contenía una convicción profunda: aquellas personas no estaban condenadas a vivir para siempre entre los residuos.

Akamasoa: una comunidad que comenzó a levantarse

De aquel encuentro nació una obra que transformaría miles de vidas. El 13 de enero de 1990 se fundó la Asociación Humanitaria Akamasoa, expresión malgache que significa **«Los Buenos Amigos»**. Pedro convocó a jóvenes y colaboradores y propuso a las familias un camino basado en el trabajo, la educación, la organización comunitaria y la recuperación de la dignidad. La iniciativa comenzó a abrir oportunidades de trabajo y a impulsar la construcción de viviendas, escuelas y centros de atención. Poco a poco, donde había desamparo comenzaron a levantarse casas; donde parecía no existir futuro, empezaron a crecer nuevas posibilidades.

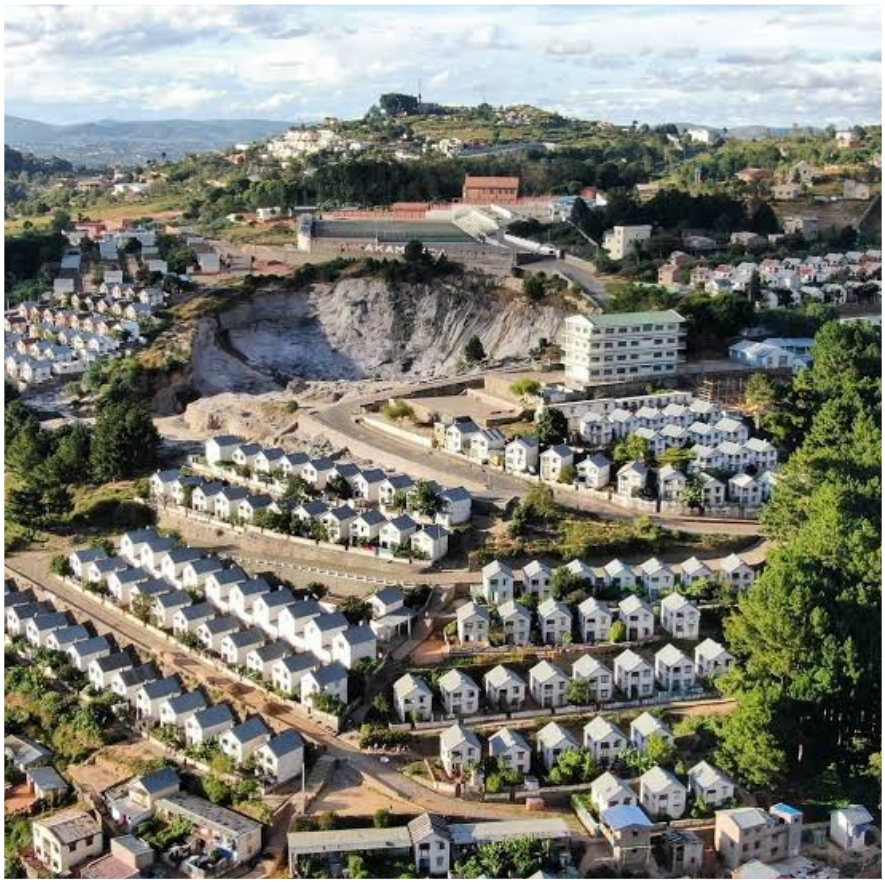
Pedro Opeka en el vertedero de la ciudad Antananarivo

La historia de Akamasoa no se explica solamente por las construcciones realizadas. Se explica, sobre todo, por las personas que recuperaron la confianza en sus propias capacidades y comenzaron a construir un futuro con sus propias manos. Pedro Opeka llegó a Madagascar como misionero. En los arrozales aprendió a compartir la vida de los campesinos. Frente al basural de Antananarivo comprendió que no podía permanecer indiferente. Y eligió quedarse, trabajar y luchar junto a quienes necesitaban una oportunidad.

Porque para el padre Pedro, ayudar nunca significó solamente dar algo a quien no tiene. Significó tender una mano para que cada persona pudiera volver a ponerse de pie.

AKAMASOA: CUANDO LOS QUE VIVÍAN ENTRE LA BASURA COMENZARON A CONSTRUIR SU FUTURO

Pedro Opeka junto a las viviendas construidas en Akamasoa-Madagascar



AKAMASOA allí se puede ver la cantera de la cual sacan el granito para la construcción de las casas

De las primeras viviendas a la visita del papa Francisco en 2019

En marzo de 1989, el padre Pedro Opeka llegó a Antananarivo, capital de Madagascar, y descubrió una realidad que lo marcaría para siempre. Miles de personas sobrevivían entre los desperdicios, buscando algo que comer o algún material que pudieran vender para alimentar a sus hijos. Allí, donde muchos solamente veían miseria, Pedro descubrió personas que habían perdido casi todo, pero que todavía conservaban algo fundamental: el deseo de vivir con dignidad.

No podía quedarse indiferente. Comenzó a regresar al basural, a escuchar a las familias, a conocer sus necesidades y a ganarse su confianza. Sabía que no alcanzaba con acercarles alimentos

por un día. Era necesario ofrecerles una oportunidad para cambiar sus vidas.

Después de meses de encuentros y conversaciones, logró convencer a las primeras 70 familias para que abandonaran aquel lugar. Así comenzó una historia que cambiaría el destino de miles de personas.

Las primeras viviendas fueron sencillas, algunas construidas con madera, pero representaban mucho más que un techo: significaban la posibilidad de comenzar de nuevo. Las familias participaron de la construcción de sus propias casas, aprendiendo que el esfuerzo compartido podía abrir caminos que parecían imposibles.

El padre Pedro no quiso crear una comunidad dependiente de la caridad, sino una comunidad capaz de ponerse de pie. El trabajo, la educación y la responsabilidad compartida se convirtieron en los pilares de aquella experiencia. Los habitantes comenzaron a organizarse, a levantar viviendas más sólidas, a construir escuelas, centros de atención sanitaria y espacios de trabajo. En enero de 1990 se formalizó la Asociación Akamasoa, expresión malgache que suele traducirse como «buenos amigos». Lo que había comenzado con un pequeño grupo de familias fue creciendo hasta convertirse en una extensa comunidad, conocida como la **Ciudad de la Amistad**.

AKAMASOA "La educación es la mejor herencia (Malgache)
NY FIANARANA NO LOVA TSARA

Cada vivienda levantada representaba una conquista. Detrás de cada pared había manos que trabajaban, padres que soñaban con un futuro diferente para sus hijos y niños que comenzaban a descubrir que su destino no tenía por qué quedar atado a la basura.Akamasoa no nació de un milagro instantáneo. Fue el resultado de años de trabajo, disciplina, solidaridad y perseverancia. Pedro puso sus conocimientos, su fe y su capacidad de convocar; las familias aportaron sus brazos, sus esperanzas y la voluntad de convertirse en protagonistas de su propia historia.

El Papa Francisco junto a Pedro Opeka en Madagascar

8 de septiembre de 2019: el papa Francisco llega a la Ciudad de la Amistad

Treinta años después de aquellos primeros pasos, Akamasoa recibió una visita que quedaría grabada en su historia. El papa Francisco, durante su viaje apostólico a Madagascar, llegó el 8 de septiembre de 2019 para conocer personalmente aquella obra humanitaria.A su llegada fue recibido por el padre Pedro Opeka, a quien conocía desde los años en que había sido su alumno en la Facultad de Teología, en Argentina, durante 1967 y 1968. El encuentro tenía, por eso, una dimensión especial: el antiguo maestro se encontraba ahora frente a un discípulo que había convertido su vocación en una inmensa tarea al servicio de los más pobres.

El Papa Francisco año 2019 visita Akamasoa-Madagascar, auditorio donde Pedro da la misa ante 10.000 concurrentes

En el auditorio de Manantenasoa se reunieron alrededor de 8.000 jóvenes. Ante ellos, Francisco contempló el resultado de una obra construida durante décadas por miles de personas que habían decidido no resignarse.El Papa destacó que Akamasoa era una expresión de la presencia de Dios entre los pobres y reconoció que aquella ciudad había sido construida con las manos de sus propios habitantes. También recordó que la pobreza no debía aceptarse como un destino inevitable. Su visita incluyó un momento de oración junto a los trabajadores de la cantera de Mahatazana, donde el trabajo cotidiano continuaba siendo parte esencial de la transformación

comunitaria. Francisco no encontró solamente viviendas, escuelas y calles. Encontró una comunidad que había recuperado la confianza, que había aprendido a trabajar unida y que había demostrado que la dignidad puede reconstruirse cuando las personas reciben oportunidades y participan activamente de su propio futuro.Aquel día, la historia de Akamasoa adquirió una nueva dimensión ante los ojos del mundo. Pero para quienes habían levantado sus casas, educado a sus hijos y trabajado durante años para sostener la comunidad, el verdadero acontecimiento ya había comenzado mucho antes: el día en que dejaron de vivir sin esperanza y empezaron a construir una vida diferente.

Akamasoa es, en definitiva, la historia de un sacerdote que se negó a mirar hacia otro lado y de un pueblo que descubrió que podía levantarse con sus propias manos. Una obra que nos recuerda que la pobreza no debe ser una condena y que la solidaridad alcanza su sentido más profundo cuando ayuda a cada persona a recuperar su dignidad.

Pedro Opeka en Madagascar junto a Gastón Vigo Gasparotti fundador de Akamasoa - Argentina

NACE UNA SEMILLA DE AKAMASOA EN LA ARGENTINA

Gastón Vigo Gasparotti, el hombre que decidió transformar la inspiración en compromiso.

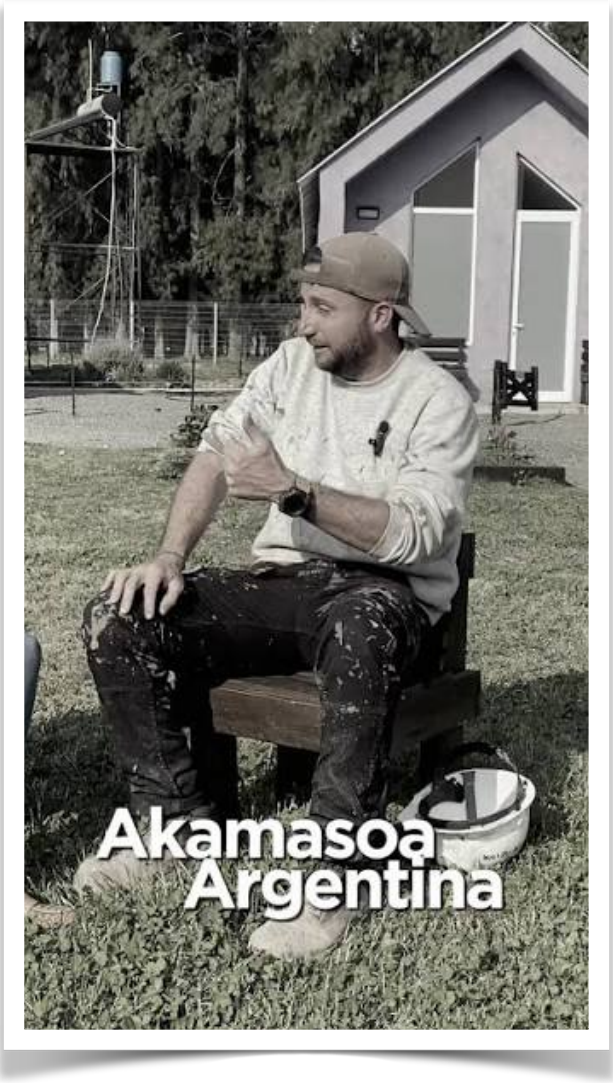
Hay encuentros que dejan huellas para toda la vida. Y hay ejemplos que, por la fuerza de su mensaje, no conocen fronteras. La obra del padre Pedro Opeka en Madagascar es uno de ellos: una historia de lucha contra la pobreza que demostró que, aun en medio de la miseria más profunda, es posible recuperar la dignidad y volver a soñar.

Esa semilla, que germinó entre el trabajo, la educación y la solidaridad, comenzó a echar raíces en la Argentina de la mano de Gastón Vigo Gasparotti, fundador de Akamasoa Argentina.

Su historia nació de una inquietud que fue creciendo con los años: comprender la pobreza, buscar respuestas y dejar de ser un simple observador de una realidad que golpea a tantos seres humanos. Pero Gastón entendió que no alcanzaba con estudiar

el problema. Era necesario acercarse, conocerlo desde adentro y comprometerse con quienes más necesitaban una oportunidad.Por eso viajó a Madagascar, donde pudo conocer de cerca la obra del padre Pedro, compartir su experiencia y comprender que detrás de cada vivienda construida había mucho más que paredes y techos: había familias recuperando la esperanza, niños accediendo a la educación y personas que volvían a sentirse protagonistas de sus propias vidas.Con ese aprendizaje regresó a su país dispuesto a sembrar una experiencia semejante. Así nació Akamasoa Argentina, un proyecto que comenzó a tomar forma en 2018 y que encontró su lugar en Lima, partido de Zárate, provincia de Buenos Aires.

Allí, el sueño empezó a convertirse en realidad. Viviendas, espacios comunitarios y proyectos educativos y sanitarios comenzaron a dar forma a una comunidad que busca ofrecer algo más profundo que una respuesta inmediata a las necesidades: una posibilidad concreta de construir un futuro diferente.



La filosofía que inspira esta tarea es clara: **no se trata solamente de ayudar a las personas, sino de construir junto a ellas**. Que cada familia pueda participar, trabajar, aprender y recuperar la confianza en sus propias capacidades. Porque la pobreza no debe definir a una persona ni convertirse en una condena para sus hijos.

El trabajo, la educación y la disciplina comunitaria son los pilares de este camino. Pero detrás de ellos existe un valor que los sostiene: el reconocimiento de la dignidad de cada ser humano.

En noviembre de 2025, el padre Pedro Opeka visitó la comunidad argentina y pudo recorrer personalmente lo que se estaba construyendo. Fue un encuentro cargado de significado: el hombre que había iniciado aquella extraordinaria obra en Madagascar podía contemplar cómo su ejemplo había inspirado a otros a continuar sembrando esperanza en una tierra diferente.

Akamasoa significa «los buenos amigos». Y quizá en esas palabras se encuentre la esencia de todo este camino: comprender que nadie debería quedar abandonado a su

suerte y que una comunidad puede transformar su realidad cuando sus integrantes descubren que el destino de cada uno también importa a los demás.

La semilla que Pedro Opeka plantó en Madagascar encontró en Gastón Vigo Gasparotti a un hombre dispuesto a llevarla a otra tierra. Hoy, en la Argentina, esa semilla continúa creciendo con el esfuerzo de quienes creen que la pobreza puede enfrentarse con compromiso, oportunidades y trabajo compartido.

Porque las grandes obras no siempre comienzan con grandes recursos. A veces nacen de una pregunta, de una experiencia que nos conmueve o de la decisión íntima de no permanecer indiferentes ante el sufrimiento ajeno.

Y cuando esa decisión se transforma en acción, la esperanza deja de ser solamente una palabra.

Comienza a echar raíces.

Fuente de referencia: información institucional de Akamasoa Argentina y publicaciones sobre la obra de Gastón Vigo Gasparotti.

UN VIDEO DE TRES MINUTOS Y UN ENCUENTRO QUE CAMBIÓ UNA HISTORIA

Julio Romero y el camino que llevó al padre Pedro Opeka desde Madagascar hasta el Uruguay.

A veces, las historias más importantes comienzan de una manera inesperada. No hace falta estar frente a frente con alguien para sentir que su vida tiene algo que enseñarnos. En ocasiones, basta una imagen, unas palabras o un instante que nos deja pensando mucho después de haber terminado de verlo.

Así comenzó mi historia con Pedro Opeka.

Lo conocí a través de las redes sociales. Un video de apenas tres minutos fue suficiente para despertar en mí una profunda admiración y el deseo de conocer más sobre aquel sacerdote misionero que había dedicado su vida a luchar contra la pobreza en Madagascar. Lo que vi me impactó. Detrás de aquellas imágenes había una obra extraordinaria, pero también un hombre cuya historia merecía ser conocida de cerca. Comencé entonces a buscar contactos que me permitieran acercarme a su vida y comprender mejor la dimensión de su trabajo. En ese camino apareció Jesús Silveyra, escritor argentino que había publicado el libro *Viaje a la esperanza*, dedicado a la vida de Opeka. A través de él pude obtener el contacto del padre Pedro y dar el primer paso hacia un encuentro que, hasta ese momento, parecía lejano. Le escribí un correo electrónico. No imaginaba que, apenas dos días después, recibiría una respuesta que abriría una puerta inesperada: Pedro me anunciaba que en julio de 2018 estaría en la Argentina para celebrar sus setenta años y que podría conocerlo

personalmente. Aquella respuesta transformó mi inquietud inicial en un compromiso concreto.

Un homenaje en la Embajada uruguaya

Julio Romero-Dr. Lescano- Pedro Opeka-Tsu- Bao- Ivan Alonso

Tomé contacto con el entonces embajador uruguayo en la Argentina, el doctor Héctor Lescano, y le propuse organizar un homenaje al sacerdote durante su visita. Me parecía importante que Uruguay estuviera presente en ese reconocimiento y que, además de destacar su extraordinaria labor en Madagascar, pudiéramos vincular su obra con la historia de otro sacerdote que había dejado una huella profunda en nuestro país: el padre Cacho. La propuesta consistía en entregarle una plaqueta en homenaje al sacerdote uruguayo, cuya tarea social, desarrollada especialmente en los barrios más humildes durante las décadas de 1970 y 1990, guardaba un profundo sentido de cercanía con los más pobres. Finalmente, el 20 de julio de 2018, aquel encuentro se hizo realidad en la Embajada de Uruguay en la Argentina. Para mí no era solamente un acto protocolar. Era la posibilidad de reconocer a un

Encuentro de Pedro Opeka con "Pepe" Mujica - Hotel Cristal Tower - Montevideo / Uruguay

hombre que había convertido su vocación religiosa en una entrega cotidiana y, al mismo tiempo, tender un puente entre dos experiencias de compromiso social que habían nacido en lugares diferentes, pero compartían una misma preocupación: la dignidad humana.

El sueño de traer a Pedro Opeka al Uruguay

Mientras avanzaban los preparativos en Buenos Aires, comenzó a tomar forma otra posibilidad: conseguir que Pedro llegara también al Uruguay. Sentía que su presencia en nuestro país podía significar mucho. Su testimonio merecía ser conocido por una sociedad que también tenía sus propias historias de lucha, solidaridad y trabajo junto a los más necesitados. Pensé que una manera de expresar ese reconocimiento sería declararlo Visitante Ilustre de Montevideo. Para avanzar en esa iniciativa, conversé con el entonces intendente capitalino, el ingeniero Daniel Martínez. Las gestiones permitieron proyectar la visita para el 26 de julio de 2018.

Pedro Opeka y Julio Romero - programa "Esta boca es mía"

Y aquel día llegó.

Pedro Opeka pisó suelo uruguayo y comenzó una jornada intensa, marcada por encuentros, conversaciones y reconocimientos que difícilmente podría olvidar. Uno de los momentos más particulares fue su encuentro con el expresidente José Mujica, con quien compartió aproximadamente dos horas en el hotel. Dos hombres con trayectorias muy diferentes, pero cuyas vidas habían estado atravesadas, cada una a su manera, por una preocupación profunda por la condición humana.

Luego, Pedro participó en el programa televisivo *Esta Boca es Mía*, de Canal 12, donde pudo acercar su testimonio a miles de uruguayos. Más tarde llegó el encuentro en el Palacio Estévez con María Auxiliadora Delgado de Vázquez, esposa del entonces presidente de la República, Tabaré Vázquez. La última escala institucional de aquella jornada fue la Intendencia de Montevideo, donde Pedro recibió el reconocimiento como Visitante Ilustre de la ciudad.

La Sra. María Auxiliadora Delgado de Vázquez recibe a Pedro Opeka - Palacio

Pedro Opeka en la IM junto al Intendente Daniel Martínez y el Cardenal Daniel Sturla

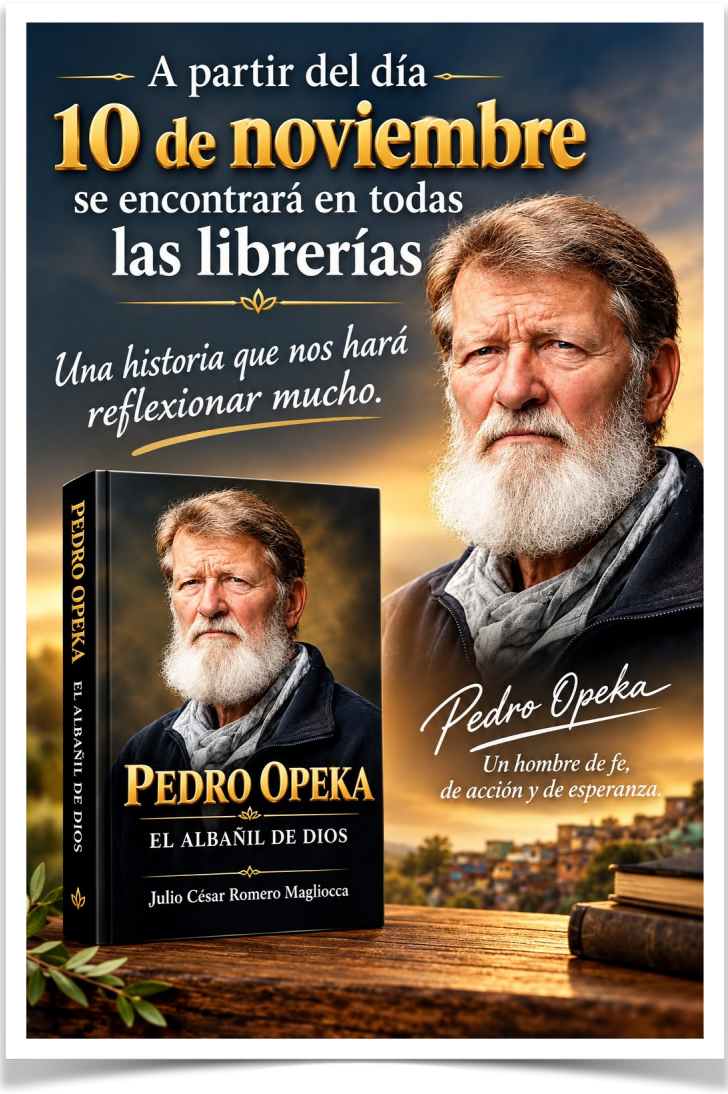
Pero las historias humanas no terminan cuando se apagan las cámaras ni cuando concluyen los actos oficiales. Muchas veces, su recuerdo más entrañable permanece en los momentos sencillos, lejos de los protocolos. Por eso, al finalizar aquella jornada, un grupo reducido compartió una reunión en la parrillada Don Manuel, ubicada en la avenida General Flores y Lamas, en la zona de Brazo Oriental. Allí, alrededor de una mesa, el encuentro adquirió otra cercanía. Después de tantas actividades, quedaba lugar para la conversación y para ese contacto personal que ninguna ceremonia puede reemplazar. El 27 de julio, Pedro emprendió el regreso a la Argentina acompañado por su hermana Luba y su cuñado Carlos, para continuar con los compromisos y reconocimientos previstos.

Cuando una búsqueda se convierte en una huella

Al mirar hacia atrás, comprendo que todo comenzó con aquel video de tres minutos. No hubo un gran plan inicial ni la certeza de que las gestiones llegarían a buen puerto. Hubo curiosidad, admiración y la decisión de intentar acercarme a una historia que me había conmovido. Un correo electrónico, la generosidad de un escritor que facilitó un contacto, la disposición de un embajador y la voluntad de autoridades uruguayas hicieron posible lo que al comienzo parecía apenas una ilusión. Pero, por encima de los nombres y de las fechas, permanece algo más importante: la oportunidad de conocer personalmente a un hombre cuya vida invita a preguntarnos qué hacemos nosotros frente al sufrimiento de los demás.Pedro Opeka había viajado desde Madagascar para compartir su experiencia. Yo había comenzado aquella búsqueda desde Uruguay, sin imaginar hasta dónde me conduciría. A veces, una historia llega a

nuestra vida para despertar una inquietud. Otras veces, nos ofrece la oportunidad de transformarla en una tarea. En mi caso, aquellos tres minutos fueron el comienzo de un camino que continúa vivo en estas páginas. Porque conocer a Pedro Opeka no significó solamente acercarme a la historia de un sacerdote misionero. Significó descubrir, desde una experiencia concreta, que la solidaridad puede cruzar océanos, que los testimonios verdaderos no conocen fronteras y que, cuando una historia humana nos toca profundamente, también puede convertirse en una misión para nosotros.

Todo comenzó con un video de tres minutos. Lo que vino después fue mucho más que un encuentro: fue el comienzo de una historia que merecía ser contada.

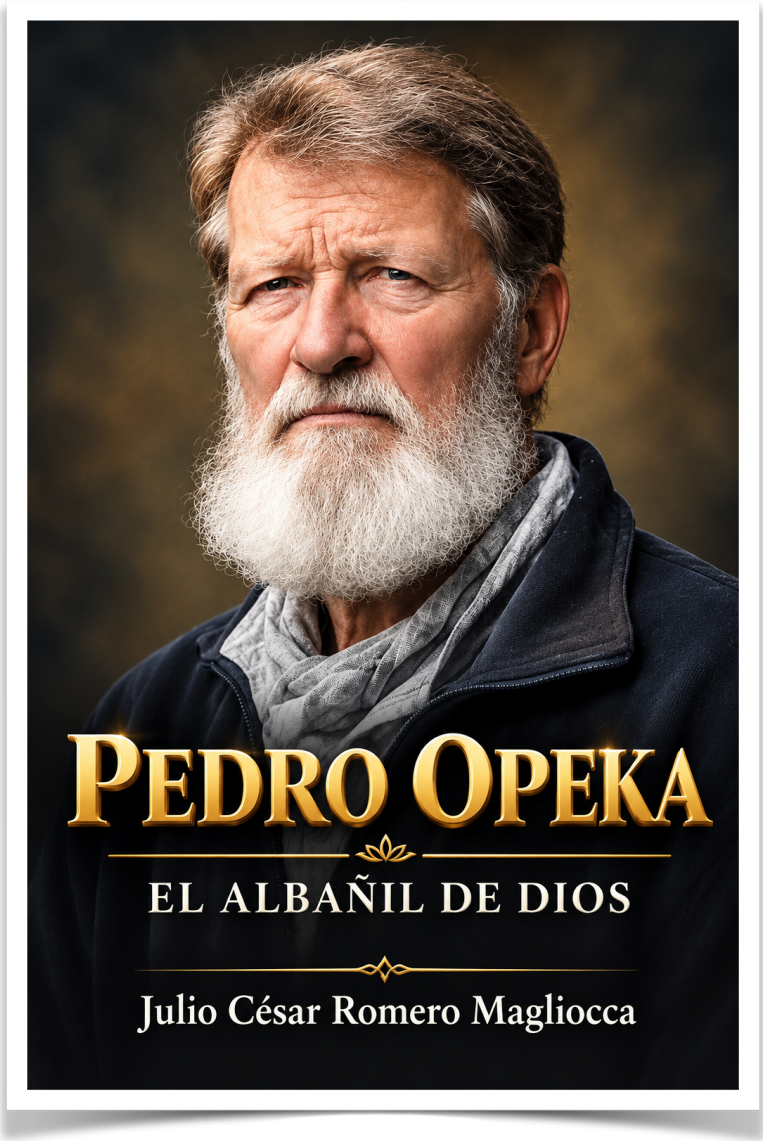


PEDRO OPEKA — El albañil de DIOS

Cómo nació un libro que busca dejar una huella

El libro PEDRO OPEKA — El albañil de DIOS, de Julio César Romero Magliocca, nace de una experiencia personal que comenzó de manera inesperada: un video de apenas tres minutos en las redes sociales que despertó una profunda admiración por la vida y la obra de este sacerdote misionero argentino de origen esloveno, que dedicó su vida a luchar contra la pobreza en Madagascar.

Impactado por aquel testimonio, **Julio Romero** comenzó a buscar la manera de conocer más de cerca a **Pedro Opeka**. Con la ayuda del escritor argentino Jesús Silveyra, autor de “Viaje a la esperanza”, logró establecer contacto con él. A partir de ese primer acercamiento, se abrió un camino que permitió concretar un encuentro en la Argentina, en julio de 2018 en la Embajada uruguaya , y posteriormente impulsar la llegada de Pedro al Uruguay, donde fue distinguido como Visitante Ilustre de Montevideo. Aquel encuentro no quedó en un simple recuerdo. Se convirtió en el comienzo de una relación con una historia humana extraordinaria, una obra que merecía ser contada y un mensaje que



Tapa Libro PEDRO OPEKA El albañil de DIOS

debía llegar a más personas. Con el paso del tiempo, Julio comprendió que no alcanzaba con admirar a Pedro Opeka: era necesario ayudar a difundir su legado. Así fue tomando forma este libro, concebido no como una biografía convencional, sino como un homenaje al sacerdote y a todas las personas que, junto a él, hicieron posible la transformación de Akamasoa, en Madagascar.

En sus páginas aparecen el trabajo, la educación, la disciplina comunitaria, la solidaridad y, por encima de todo, la recuperación de la dignidad humana.

Porque detrás de cada vivienda construida hay una familia que recupera la esperanza; detrás de cada niño que accede a la educación, una oportunidad de cambiar su destino; y detrás de cada esfuerzo compartido, una comunidad que demuestra que la pobreza no tiene por qué ser una condena.

Pero este libro también busca ir más allá de Madagascar. Su mensaje invita a mirar nuestras propias realidades y a preguntarnos cuánto podemos hacer por quienes viven en situaciones de vulnerabilidad. Por esa razón, la obra adquiere un sentido especial: lo recaudado por su venta será destinado a apoyar el trabajo de la Comunidad de Guadalupe, junto al padre Pablo Coimbra, en el barrio Borro de Montevideo.

De esta manera, el homenaje se transforma también en un compromiso concreto. La historia de Pedro Opeka inspira, y esa inspiración procura convertirse en ayuda para quienes hoy necesitan una oportunidad. Después de diez años sin publicar un libro, Julio César Romero Magliocca vuelve a escribir impulsado por una convicción que atraviesa su vida y su trabajo periodístico: las historias que verdaderamente importan

Contratapa del libro - Testimonio de LIVA AKAMA uno de los colaboradores más importantes de Pedro.

son aquellas que nos conmueven, nos hacen reflexionar y nos invitan a hacer algo por los demás.

PEDRO OPEKA — El albañil de DIOS nace de la admiración, crece con el testimonio y aspira a convertirse en una invitación a despertar. Porque contar la vida de un hombre que dedicó su existencia a levantar a los más pobres también puede ser una manera de tender una mano a quienes siguen esperando.

Un libro para conocer una obra, comprender un compromiso y descubrir que la esperanza, cuando se convierte en trabajo y solidaridad, puede cambiar vidas.

Autor: Julio César Romero Magliocca
Fundador y Director de Revista Raíces

Contacto con el autor de libro:
PEDRO OPEKA - El albañil de DIOS
Cel. +59894851726
reraices@gmail.com